

Bilbao, martes,
25 de abril de
1893



1-76

guida al arrimo de la proteccion del Estado.

Y vienen himnos y más himnos; y cuando nos visitó la reina se echó la casa por la ventana, se agotaron todos los recursos, se hizo una ostentacion parecida á la de ciertos indios recién llegados que buscan novia.

El progreso, ¡oh, el progreso! Todos le queremos, y le queremos en nuestra villa. Todos vemos que el mundo marcha; pero vemos tambien que no pocas veces, como el carro del dios indio, aplasta en su marcha bajo sus ruedas las cabezas de sus fieles.

El hombre tambien crece; pero no pocas veces la crisis del crecimiento, ó acaba con él, ó le debilita para toda su vida si en esa época critica no se extreme nan los cuidados.

Vengamos á la realidad desde el sueño progresista.

El señor X sabe tan bien como yo que una ciudad es para sus vecinos; que estos no son precisamente los propietarios, y que en una ciudad, lo mismo que en todo, el lujo es realmente improductivo y sólo como lujo puede permitirse.

Hay que ver si esa brillante y fantasmagórica via de progreso no enriquece á los propietarios á costa de los vecinos; hay que ver si todo ese esplendor de parques, museos, palacios, edificios suntuosos, no ha de encarecer la vida, aunque asegure y eleve el valor de las rentas y de los terrenos.

Y no se nos diga que si crece la riqueza pública ganan todos los vecinos, porque esto no es verdad. Cuanto más se enriquecen los ricos, los pobres se empobrecen más, y en la rica Inglaterra, junto á fabulosas fortunas se mueren de hambre, y de la peor hambre, de hambre entretenida, millares de personas.

El señor X, cuya ilustracion me es conocida, habrá sin duda leído la obra del norteamericano George, *Progress and Poverty*, esa voz de alarma salida de esa América del Norte, de esa tierra de promision de los progresistas, de esa América al volver de la cual Eriberto Spencer dijo que no quisiera una cosa como aquella para la vieja Europa.

Y aunque aquello fuera Janja ¿tenemos en Bilbao las inmensas llanuras virgenes de América? Y sobre todo ¿perteneemos acaso á una nacion que se está haciendo?

La cuestion que debatimos no es en el fondo más que esta: ¿está Bilbao en disposicion de gastar lujo?

Y el lujo, repito, el lujo, el puro lujo es irreproductivo. Con el lujo que para Bilbao nos piden mejorarian las fortunas de algunos propietarios (y aunque fuera de todos) pero encareceria la vida de los vecinos.

Lujo, puro lujo, esta es la cuestion. Y una ciudad no se hace para los ojos ni para los propietarios, se hace para la vida de sus vecinos.

En el artículo que publiqué en el número 713 (1.º de Marzo) de EL NERVIÓN titulado *La candidatura del trabajo* hice consideraciones acerca de la vanidad del sofisma que emplean los que suponen que dar trabajo, sea en lo que fuere, es favorecer al obrero.

El señor X, persona que fecunda su talento con una perseverante aplicacion y hombre preocupado con lo que se llama cuestion social, ha pensado seguramente más de una vez en la suerte del obrero, ha pensado en viviendas económicas, en montes de piedad, en toda clase de medios para aliviar y mejorar

su suerte; pero acaso no haya visto que al buscar el bienestar del obrero y pedir por otra parte proteja la villa ese progreso en favor casi exclusivo de algunos propietarios (ó de todos, es lo mismo) quiere más cosas acaso antitéticas en el fondo.

¿Si en él encarece la vida metiendo á Bilbao en rutas de fausto y lujo y en vestidos de seda, cuando puede andar sano y limpio y bonito con traje de percal (mientras no sea prudente hacerse otro) no quita con una mano lo que con la otra quiere dar?

Lo sucedido en Alemania con el socialismo del Estado es á este respecto singularmente instructivo.

Cediendo á una corriente compleja, que se formuló en el llamado socialismo del Estado, cuyo profeta ha sido y sigue siendo Adolfo Wagner, entró Alemania en plena via de aplicacion de tal sentido. Han trascurrido largos años desde aquel impetu de proteccion socialista del Estado y de tanta ley, de tanto parlamento, de tantas providencias ¿qué ha resultado? ¿qué se han hecho de las rosadas ilusiones que hizo concebir el pensamiento de Adolfo Wagner aplicado por la poderosa voluntad de un Bismarck?

Todos conocen la realidad que ha seguido á aquellas ilusiones y los obreros socialistas más que nadie. Miseras leyes, resultados mezquinos de aquel inmenso engranaje de teorías anunciadas con tanta erudicion y pompa.

El socialismo del Estado pierde cada dia partidarios en Alemania; el ensayo ha sido fatal. Sólo Wagner persiste inquebrantable en sus profecías.

Y es que, como dice el eminente economista italiano Aquiles Loria, cada vez se pone más clara la idea de la dependencia del Estado de las clases poseedoras de riqueza y de su impotencia fatal para mudar un sistema económico del cual es creatura y esclavo. Es que la manifiesta parcialidad (y aquí estriba el fuerte de la comparacion que he de hacer entre lo que ha sucedido en Alemania en grande y puede suceder en Bilbao en chico) es que la manifiesta parcialidad de la legislacion alemana en favor de los propietarios de tierras y la ruina que tal parcialidad infligia á las clases trabajadoras, merced á sus tasas sobre cereales, á fin de enriquecer á las grandes familias aristocráticas, ha llegado á demostrar cómo en Alemania el Estado, aunque representante é instrumento de la justicia suprema, no es más que el representante de los omnipotentes terratenientes y sólo al provecho de estos se endereza su legislacion.

Y digamos ahora ¿qué sucedería si se apoderaran del municipio bilbaíno algunos propietarios del Ensanche ó de fuera de él, si dominarían en él y desde él impulsaran á la villa en ese camino de esplendores, de museos, de parques, de edificios públicos, de maravillas *yankees* de *progress and poverty*? ¿Qué sucedería si esos verdaderos socialistas del Municipio lo invadieran y quisieran desde él hacer de Bilbao una de las primeras capitales de Europa donde á todas horas resonara el himno al progreso, á *«el mundo marcha»*?

Animoso era el Bilbao pequeño de mediados de siglo, pero aquel Bilbao chiquito, cuyo núcleo eran bien acomodados mercaderes, no conocía tantas jaulas de grillos con nombre de casas, donde se almacenaban obreros, no conocía las huelgas, no conocía el socialismo de los pobres.

El Bilbao del porvenir

(CONTINUACION DEL DEBATE CON EL SR. X.)

Las cuestiones que debatimos mi amigo el señor X y yo tienen un sinnúmero de aspectos, y hoy, con su artículo VI «La Urbanizacion», me presta motivo para el punto de vista más interesante de ella.

El señor X dá á entender en él, que la decadencia y petrificacion del medio en que vivo, de este arrinconado ciudadano de Castilla desde donde escribo, me ha contaminado acaso sin yo sentirlo, de las tristezas y pesimismo del Kempis en cuanto atañe al progreso material de los pueblos.

Ya en otro artículo el señor X, con vencido y doctísimo entusiasta de ese progreso, se condolia de verme atacado de *misonie smo*.

Por lo que á mi en particular toca, importa poco al público lo que en ello haya ó no de cierto, pero es el caso que los partidarios de la tendencia que con tanto talento como empeño defiende el señor X, nos culpan á los que nos oponemos á ella, ya de tacaños, ya de tímidos, ya de apáticos, ya de pesimistas, ya de retrógrados, finalmente.

Muchas veces, y no pocas, en la misma República hemos visto aliar la causa que sostiene el señor X á la causa del progreso, y parece que se quiere hacer que esas tendencias formen en el credo de los partidos que se llaman progresistas.

El progreso, ¡oh!, el progreso. El señor X nos hace volver á cada paso los ojos á esa América del Norte, tierra de promision para muchos progresistas, y supone que, colocado yo en ella, entonaría entusiastas himnos al progreso. Sí, algo así como *El Mundo marcha*, de Eugenio Pelletan

A los que demandan que la villa entre por los caminos que combatimos, cuando no lo hacen movidos por su interés privado, sino de buena fé, les ilusiona el espejismo de esa Janja de ultramar.

Sueñan en esas ciudades improvisadas, creadas como por ensalmo, levantadas por un solo arquitecto de la noche á la mañana, en esas maravillas que eclipsan á las de Julio Verne, y quieren hacer de Bilbao una de ellas.

—Hay que hacer de Bilbao una de las primeras capitales de Europa — dicen llenos de entusiasmo; — aquí hay dinero, hay iniciativa, hay actividad; esto es un pueblo moderno, y no esos ciudadanos tristes que arrastran una vida lán

1-76

152/10





60

45.2/50

1-77
(1-78)
cuvi

Y si hoy todavía no es por este lado muy grande en Bilbao el peligro, puede llegar á serlo si encareciendo la vida, aumentando los obreros y no su jornal medio, y á la vez levantando en el Ensanche una de esas maravillas norteamericanas, crece la riqueza pública en provecho de algunos señores propietarios de ese extraño modo que consiste en aumentar la suma total de las fortunas, haciéndose cada vez más ricos los ricos y menos en número, y más los pobres y cada vez más pobres.

El nervio, el verdadero nervio de esa hermosa actividad que en la historia ha desplegado nuestra villa, estribaba en la repartición de la riqueza, en que no había como en otras partes tres ó cuatro potentados en un pueblo de gentes empobrecidas y esclavas (ricos que se duermen en su riqueza más que suficiente y pobres amodorrados en su pobreza) sino que todos tenían lo suficiente para vivir con desahogo y no lo sobrado para amodorrarse.

De aquella aurea mediocritia, bien repartida, brotaron las indomables y poderosas energías.

Pero hoy las cosas llevan facha de cambiar y de cambiar demasiado bruscamente, si los hombres desanan criterio y buena fé, no ponen algun remedio.

Hoy puede darse el caso de que el primer parvenu falsee por dinero la voluntad popular comprando conciencias, hoy un hombre sin más armas que su soberbia y sus millones compra una representación pública.

Hé aquí uno de los efectos de ese progreso que nos ha enriquecido á todos, y ese efecto, cuyas consecuencias son atajables aún, es más que nada un sintoma.

Un sintoma de lo que puede llegar á ser nuestra querida villa, si se deja seducir por himnos al progreso, entonados en cifras y estados numéricos, un sintoma de la enfermedad que podrá aquejar á los vecinos de Bilbao mientras se pasean por magníficas arcadas ó en el suntoso parque y contemplan magníficos edificios públicos muy norteamericanizados; discurrendo melancólicamente acerca de aquellos animosos mercaderes del Bilbao chiquito, iguales todos en su sano bienestar y moderada riqueza, y de los esplendores de que ellos gozan merced al encumbramiento de los poderosos propietarios.

Y estos futuros tranquilos filósofos pesimistas podrán ser molestados por un obrero que no tiene para pagar la renta ó por el motín de una huelga. Aunque no haría de faltar seguramente en este Bilbao esplendoroso y á la americana un Adolfo Wagner que predicara el socialismo del municipio ni caritativos propietarios que lo aplicaran. Pero tendrían eficacia los montes de piedad, los asilos, la invención de obras para dar trabajo?

Siempre podría decirse de los progresistas que habrían llevado á Bilbao á aquella altura, lo que de Juan de Robles se dice, que hizo el hospital despues de haber hecho los pobres.

**

Y ahora juzgue el público (á quien pido perdón por acaparar tanto espacio aquí) juzgue y diga: ¿quiénes son más fieles al espíritu del Bilbao histórico, ellos ó nosotros? ¿quiénes más progresistas, verdaderamente progresistas?

Creáenos el señor X, mientras haya en Bilbao algo más que algunos propietarios y ese algo más no se deje ni com-

prar ni intimidar, fracasarán los magníficos sueños de una esplendorosa sultana del Nervión, vestida de raso y pedrerías, donde con la riqueza pública aumenten los pobres y encarezca la vida.

EXORISTO.

El Nervión

núm 773

Bilbao, lunes, 1º de mayo de 1893

El voto de los pobres

1-77

El señor X ha dado fin á la polémica que él desde *La República* y yo desde estas columnas, hemos venido sosteniendo, y no intento renovarla.

La ha sostenido con inteligencia y tino exquisitos, pero como era de esperar, hemos quedado cada uno con nuestras opiniones ó preocupaciones, que arraigan de modos de apreciar la vida social moderna, totalmente distintos.

Amo el progreso como el que más me enamora el fomento de los intereses materiales y de la riqueza pública, pero por otra parte creo que hay mucho de anómalo y violento en el actual estado de cosas. No me entusiasma la demasia sino la repartición más equitativa posible, no el letargo, sino el crecimiento orgánico.

**

Si me hieren los oídos los gritos de los aplastados bajo las ruedas de nuestro progreso económico, las explosiones de cólera y desesperación de los que gimen bajo la máquina del Estado burocrático, más que los eructos de hartazgo de los beneficiados; si me parecen mil veces más elocuentes un George ó un Marx, que el aparatoso Pelletan ó el idílico Bastiat, la culpa será de este mi espíritu, cuyo oído se abre más á las voces del dolor que á las del placer.

Quando ronca de hartazgo el león que se ha devorado una oveja, el retintín de los validos de ésta impiden oír la satisfacción del noble animal.

Y si luego el león, acostado junto á los huesos que quedan de su merienda, empieza á filosofar ensartando, mientras digiere, toda la monserga de la lucha por la vida y la necesidad del desequilibrio, entonces... la verdad, no podemos aguantar al noble animal.

Todo esto me ha sugerido el artículo titulado «La cuestión social» que á manera de estrambote á los del señor X ha publicado por su cuenta *La República*.

Doctrinalmente, es el tal artículo un tejido elocuente y habilidoso de todos los sofismas que tramó el manchesterismo, remachados con falsas analogías tomadas de un parcial é imperfecto conocimiento de las leyes biológicas. Defectos debidos, sin duda, á la precipitación con que se hacen tales labores.

Dejemos la parte doctrinal que nos llevaría muy lejos, dejemos el lastimoso desconocimiento que de lo que es el socialismo revela *La República* al confundirlo con el comunismo, dejemos todo

aquel idilio que desarrolla en el campo por la mañana y toda aquella lucha por la vida en que se olvida la asociación para la lucha que somete al fuerte á muchos débiles, dejemos la inoportuna aplicación de la ley del desequilibrio, cuando se trata de hipertrofias debidas á diferenciación morbosa de tejidos, y sobre todo, pasemos por el fondo del sofisma, la equivocada idea del determinismo social, el tomar las leyes que rigen nuestra sociedad actual, víctima de los estados burocráticos, por leyes eternas é inmutables, quede, en fin, todo ese bagaje de metáforas y analogías, que ya ni pinchan ni cortan, en la lucha resonante de los ideales sociales, y vengamos á una cosa; á lo que el artículo de *La República*, revela como sintoma.

Estamos seguros que si el autor del artículo, que revela en él además de talento é ilustración, una grandísima buena fé y un sincero y hondo convencimiento de lo que dice, tuviera vagar para estudiar y meditar más despacio la cuestión social, adoptaría respecto á esta, otra posición muy distinta; la que van adoptando no pocos de sus correligionarios políticos.

Es el artículo un sintoma más de la enemiga implacable de gran parte de los republicanos españoles á la propaganda de los ideales socialistas, enemiga bajo la cual se oculta, consciente é inconscientemente (este último respecto al autor del artículo á que nos referimos) contra un movimiento que les arrebatara votos y carne de cañón y sobre todo, hace ver como en el fondo no gana más el obrero con ellos que con otros, tal como hoy se producen.

Derechos individuales, sufragio... todo eso no son más que medios que pueden volverse contra los fines de muchos de los que por su consecución han peleado, y que procuran por todos los medios aprovecharlos como instrumentos.

Si; es indudable que entiende mejor sus intereses el que vende su voto á un agiotista que el que dá su voto á una idea, no á un hombre que sabe no ha de salir triunfante.

Este es un utopista, como eran utopistas los que hace siglos pedían lo que hoy han obtenido los que tienen á todas horas en la boca la palabra utopía.

¿Hay locura mayor que dar el voto á uno que no ha de salir? ¿Si no se triunfa, sea como fuere, para qué sirve votar? La cuestión es sacar un representante; si con ello padece la buena fama del partido, si se atropella por todo, si se lesiona la moralidad, importa poco. Vale más un triunfo por la violencia ó la falsía que una derrota honrosa. Eso de la honra es cosa de utopistas; con ella ni se come ni se sube al poder. Y ¡es claro! el poder es todo.

Recuerdo que á raíz de la asamblea republicana centralista un amigo mio, que perteneció á ella, ilustrado publicista, ex-diputado y hombre de sereno juicio, me decía que si en el programa del partido no se acentuó la nota socialista, según el sentido del que pasa por jefe del tal partido, fué por la oposición de muchos representantes, entre ellos—me decía—sus paisanos de usted, los de Bilbao.

—Se comprende—le contesté;—no todos bañan su alma en el ideal como usted hace y así como hay republicanos, hay amos de obreros, amos de obreros que, compadecidos de las consecuencias de la concurrencia de brazos y de la ley férrea del salario, desearían, cuando te